

IGNACIO PINAZO

NECROLOGÍA

EL anhelo modela en barro lo que la vida esculpe en mármol» dijo Lowell, y dijo una verdad incontestable, porque las aspiraciones del alma y las ansias del corazón son algo más que fantásticas quimeras: son vaticinios de realidades futuras e inequívocas señales de potencialidad espiritual.

Por eso, al recordar la vida de las grandes figuras, de los hombres destinados por el Supremo Hacedor para maestros de la Humanidad en todos los

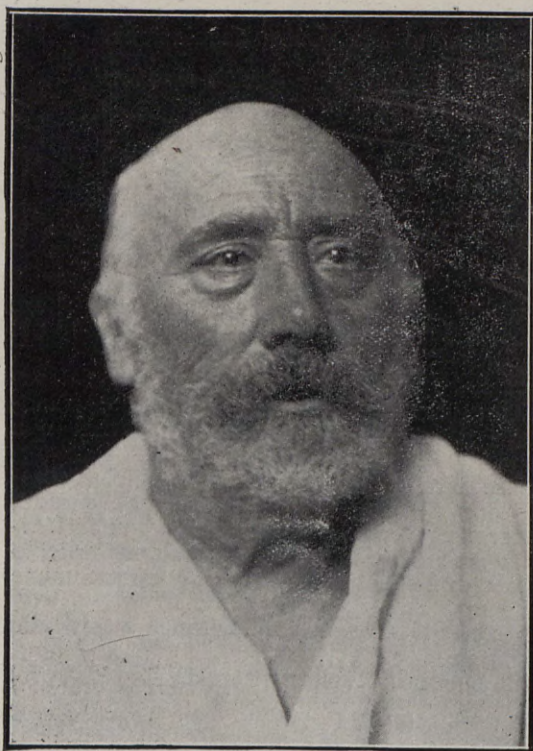
aspectos de su progresiva evolución, nos afirmamos aún más en el apotegma que encabeza estas cuartillas; ya que la simple observación de los hechos nos evidencia, de maravillosa manera, que aquellos seres privilegiados, con la bella realidad de sus obras demostraron el poder avasallador de sus primeros anhelos, y con el triunfo de su ideal artístico, literario o científico, encarnaron en hechos los brillantes ensueños de su juventud.

Si Ignacio Pinazo, si este genial pintor valenciano hubiese sido contemporáneo de Antonio Allegri (el Correggio), también como aquel gran artista italiano hubiese exclamado ante los prodigiosos lienzos de Miguel Angel: «¡lo così sono pittore!»

La intuición artística de Pinazo, escondida en lo más recóndito de su ser; surgió inspirada y triunfadora al despertarse su alma a la vida sentimental, a la vida emotiva, a la vida de indelebles y fecundas impresiones, verdaderos gérmenes de su arte original y personalísimo.

En el oscuro y modesto taller, donde allegaba con la habilidad de sus manos el pan para los suyos, sintió en su pecho los primeros latidos de su vocación artística y soñó en días de triunfo, y su fantasía le hizo otear horizontes de un

porvenir glorioso, y enamorado de sus ideales y persistiendo tenazmente en sus ensueños, abandonó la pacífica vida del obrero y buscó en la Real Academia de San Carlos de Valencia a los maestros de la técnica y, al amparo de su dirección, estudió afanosamente, trabajó sin descanso hasta dominar el lápiz, sintió el color, se adueñó de la luz y penetró, en fin, en la psicología de los modelos vivos trasladando a las figuras de sus cuadros los latidos de los corazones, el fulgor pasional de las miradas, las palpitaciones de los músculos, la vida intensa del espíritu y de la carne de aquellos a quienes copiaba.



166.—IGNACIO PINAZO
Último retrato
1915

No obstante, con ser grandes las enseñanzas que en los centros docentes recibiera Pinazo, hay que reconocer, en honor a la verdad, que la gran maestra de este pintor insigne fué la Naturaleza, sí, la Naturaleza espléndida en colores, pródiga en panoramas y bella, eternamente bella.

Pinazo fué un pintor sincero, un impresionista inimitable, un colorista asombroso; supo, como ninguno de su época, llevar al lienzo y a la tabla la vida real; consiguió dominar el pincel de tal manera que, de su paleta luminosa, surgía el arte con incomparable gracia; interpretaba con *manera* suya, exclusivamente suya, los cambiantes del iris, los abigarrados tonos de la floresta, las reverberaciones de las aguas, la immaculada pureza del firmamento, la sobriedad del caserío pueblerino, el movimiento de las multitudes, las escenas regionales



167.—IGNACIO PINAZO
El niño guardavía
Estudio de 1877
(Museo de Valencia)



168.—IGNACIO PINAZO
El niño de la manzana
Estudio de 1877
(Museo de Valencia)

típicas..., y todo ello con ejecución rápida, sin vacilaciones en la mano, con singular acierto, con donosa factura. Pinazo, repetimos, es el pintor impresionista y colorista más brillante y más espontáneo de su época.

No quiere decir, cuanto acabamos de iniciar, que Ignacio Pinazo no fuese un artista de grandes concepciones, que su numen sólo diese al arte notas de color y que sus cuadros se inspiraran en motivos pequeños, no; en sus mocedades pintó lienzos tan notables como el *Desembarco de Francisco I en Valencia*, *Las hijas del Cid*, *La muerte de D. Jaime el Conquistador*, etc. etcétera, que le valieron pensiones y honrosos premios; y en la plenitud de su vida pintó el célebre lienzo conocido con el nombre de *El Cristo de la Piedad* que, como una de sus más preciadas joyas, conserva la Comunidad del Colegio del

Patriarca de Valencia; cuadro tan magnífico que, sólo él, basta para hacer la reputación de un artista.



169.-IGNACIO PINAZO
Una «masclatá»
Costumbres populares valencianas

más notables, ofrece alto ejemplo de amor a la justicia y al mérito, enseñanza sublime que honra tanto a la figura que se quiere enaltecer como a la Revista que tributa estos delicados rendimientos.

GIL ROGER VÁZQUEZ.

* * *

DATOS BIOGRÁFICOS

Ignacio Pinazo y Camarlench nació en Valencia el 10 de Enero de 1849, siendo bautizado en la Iglesia Parroquial del Salvador.

Hijo de modesta y numerosa familia, tuvo necesidad de consagrarse a un oficio mecánico para sustentar la vida propia y la de los suyos. Fué primero sombrerero y luego pintor de abanicos. En esta segunda etapa de su juventud demostró sus disposiciones para la pintura, llevándole, en 1870, a la clase de colorido de la Real Academia de San Carlos, de la cual era entonces profesor D. José Fernández Olmos. Sin pasar por las clases de dibujo del antiguo y del natural, logró el primer lugar entre los alumnos, pues ninguno como él dominaba la técnica del colorir. Tales adelantos dieron extraordinaria reputación al joven Pinazo y le facilitaron los sucesivos progresos, hasta el extremo de hallarse en aptitud de tomar parte en las oposiciones celebradas en 1872, para el disfrute de la pensión de pintura en Roma, costeada por la Diputación provincial de Valencia. No obtuvo el triunfo; pero ansiando estudiar a los grandes pintores, marchó a la ciudad del arte, viendo colmados sus anhelos de admirar directamente a los más famosos artistas que brotaron en el fértil suelo de Italia.

Vuelto a Valencia, logró, en las oposiciones de 1876, la codiciada plaza de pensionado en Roma por la Diputación. Fruto de esta pensión fueron los cuadros *Desembarco de Francisco I, de Francia, en Valencia*; las *Hijas del Cid*, y la *Muerte de Don Jaime I, el Conquistador de Valencia*, lienzos que un día se admiraron en las salas modernas de nuestro Museo y que hoy decoran dependencias de la Diputación.

Pinazo fué refractario a concurrir a las exposiciones de arte. No obstante,

siempre que presentó obras alcanzaron grandes premios. En la Exposición Nacional de 1881, le fué premiada, con segunda medalla, una repetición de la *Muerte de Don Jaime I*; en 1897 se le otorgaba una primera por el retrato del comerciante valenciano D. Francisco Mellado, y en el certamen de 1912 concediósele el premio de Honor, recompensa a la fecunda labor del ya viejo maestro.

Tardíamente también, ingresó en el profesorado oficial. La muerte le sorprendió desempeñando una plaza de profesor de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid. Aquel clima duro no era el más apropiado a la trabajada



169.—IGNACIO PINAZO
Preparándose para la fiesta

naturaleza del maestro. Cuando la dolencia quebrantaba las fuerzas del luchador, refugiábase en su riente casita de Godella, donde la muerte le sorprendió el día 18 de Octubre último.

Al siguiente día verificábase el entierro. El féretro fué conducido a Valencia, y junto a Santa Mónica, en la calle de Sagunto (había nacido en esta popular barriada), se formó el cortejo funerario. Dirigióse la comitiva por la plaza de Serranos y calle de Roterós a la Real Academia de San Carlos, frente a cuya puerta una comisión de Académicos, presidida por el Consiliario D. Antonio Martorell, y de la que formaba parte los académicos D. Gonzalo Salvá, D. Luis Tramoyeres Blasco, D. José Martínez Aloy, D. Julio Cebrián, D. Luis Ferreres, D. José Aixa, D. Francisco Almenar, D. Francisco Mora, D. Vicente Rodríguez, los profesores D. Isidoro Garnelo, D. Rafael Rubio, D. Francisco Paredes, don Luis Soria, D. Genaro Paláu, D. José Renán, D. Eugenio Carbonell y una nutrida representación de los alumnos con la bandera verde, emblema de las Bellas Artes. La Real Academia ofrendó una monumental y artística corona de flores naturales, recuerdo a su antiguo discípulo, al maestro insigne, al compañero fallecido.

La participación de la Real Academia en este duelo mereció la gratitud de la familia, significada en la comunicación suscrita por el laureado pintor D. José Pinazo Martínez, hijo de D. Ignacio, que reproducimos como final de esta nota necrológica:

«Madrid 26 de Octubre de 1916.—Excmo. Sr. Presidente de la Real Academia de San Carlos.—Valencia.

Distinguido señor: En nombre de mi familia, y en el mío propio, doy a esa



171. - IGNACIO PINAZO
Cristo yacente
(Colegio del Patriarca, Valencia)

Real Academia de San Carlos, que tan dignamente preside, las más efusivas gracias por la parte que ha tomado en la desgracia que nos aflige, y por el sentido pésame de esa Corporación artística. Me es grato hacerle saber nuestro profundo reconocimiento por cuantas demostraciones de cariño, respeto y admiración hizo la Real Academia.

De usted muy afectísimo s. s., q. b. s. m., *José Pinazo Martínez*».